

CARMEN GARCÍA-GANCEDO

JAUQUE AL REY

Click
EDICIONES

Jaque al rey

Carmen García-Gancedo

Jaque al rey

Click ←
EDICIONES

Jaque al rey
Carmen García-Gancedo

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra.

Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Shutterstock

© Carmen García-Gancedo, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2023

ISBN: 978-84-08-27207-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

*Para mis padres,
los primeros en creer en mí.
Esta novela no es mía, es nuestra.*

*Y para Alberto,
con quien la realidad supera la mejor de las ficciones.*

Amanece en Madrid. El sol comienza a iluminar el *skyline* de la ciudad cubierto por un inmenso cielo azul y una ligera capa de contaminación que se aprecia a unos cuantos kilómetros de distancia. Es un lunes del mes de febrero y la ciudad se despierta, perezosa, después de un fin de semana de bullicio a pesar de las bajas temperaturas.

Los lunes son días de nuevas oportunidades, eso es lo que piensa Mario mientras conduce la furgoneta de reparto. Está nervioso, hoy es el primer día en su nuevo trabajo.

A las seis y media de la mañana, puntual, impecable, se ha presentado en la nave industrial de la empresa de mensajería. Allí espera instrucciones de su nuevo jefe. Solo lo ha visto una vez en la entrevista, pero parece un buen tipo.

—Tu primer destino en la ruta de hoy será sencillo—le dice con una sonrisa tranquila—. No está lejos de aquí y solo tienes que dejar un paquete. La siguiente parada tal vez se complique un poco más porque el lugar es difícil de localizar y...

Mario toma notas en la pequeña libreta que ha traído consigo, pues sabe que la memoria no es su punto fuerte. Hombre precavido vale por dos, piensa. Tiene que hacerlo bien. Tiene que hacerlo muy bien porque tiene dos hijas que alimentar y solo con el sueldo de su mujer no llegan a fin de mes. Un buen amigo le recomendó para este

puesto después de varios meses en paro debido a un ERE en su antigua empresa. Mario nunca ha sido repartidor; de hecho, es la primera vez que conduce una furgoneta, pero es un hombre trabajador y de confianza, y se promete que a partir de ese día será el mejor en su nuevo empleo.

Después de un atasco de cuarenta y cinco minutos para recorrer un tramo de quince kilómetros, consigue llegar a su primer destino. Se encuentra en una de las torres más altas de la ciudad. Es la primera vez que se acerca al área de negocios de Madrid, donde se sitúan algunas de las empresas más importantes del país. Mira hacia arriba. Tiene que doblar mucho el cuello para vislumbrar la cúspide del enorme edificio que se eleva ante él. La furgoneta, con el emblema de la compañía de transporte, se encuentra a unos cuantos metros de la puerta, lo más cerca que ha conseguido aparcar. Por suerte, el paquete que tiene que entregar no es demasiado grande ni pesado y no le costará trabajo llevarlo.

Entra en la inmensa Torre de Cristal y, después de recibir la autorización de una elegante recepcionista, se coloca frente a los ascensores y aguarda a que uno de ellos esté disponible. Un grupo variopinto de personas se encuentra también a la espera: hombres trajeados con sus maletines de piel y estilosas mujeres que contrastan con jóvenes que visten ropa informal, zapatillas desgastadas y enormes auriculares. Además de trabajar en el mismo edificio, la mayoría de ellos tienen algo en común: están absortos en sus dispositivos móviles, ya sean *smartphones*, *ebooks* o alguna consola. Mario suspira. Nadie parece fijarse en él; de hecho, nadie parece fijarse en otra cosa que no sea una pantalla.

Las puertas metálicas se abren, y se sorprende al ver las hileras con más de cuarenta botones entre los que tiene

que buscar, tan rápido como le sea posible, el número trece, el piso en el que comienzan los dominios de Intelligence Techno Consulting S. A., coloquialmente conocida como ITECO. Casi la torre entera es de su propiedad.

Al llegar a su destino contempla maravillado la decoración. Ante él se encuentra una estancia amplia con mucha luz, plantas y cuadros que adornan las blancas paredes y el logo de ITECO con sus conocidas letras naranjas. Se pregunta cómo será trabajar en esa flamante empresa y se imagina como uno de esos hombres trajeados que ha visto en el ascensor. Su vida sería tan distinta...

Mario revisa su libreta para comprobar las instrucciones que le ha dado su nuevo jefe. Se acerca a la recepción principal y un joven le recibe con una sonrisa.

—Buenos días. ¿En qué podemos ayudarle?

—Buenos días. Vengo a entregar este paquete.

—¿Me dice el remitente?

—Sí. «Impresión Premium» —responde Mario leyendo la etiqueta. El recepcionista toma nota.

—¡Ah, sí! Cierto. Son algunos de los materiales corporativos que ha encargado el departamento de Marketing. Tengo un correo electrónico con su aviso —comenta el recepcionista a su compañero antes de volver a dirigirse al repartidor—. Puedes dejarlo aquí mismo, gracias.

El joven firma el resguardo y Mario se despide de él, satisfecho por haber realizado con éxito la primera entrega del día. Eso sí, se le ha olvidado mirar por la ventana para observar las vistas, piensa mientras baja en el ascensor.

Quizás la próxima vez.

* * *

Julio mira su *smartwatch*. Solo son las ocho y cuarto de la mañana. Aún le faltan unas cuantas horas para salir y

muchas más para que llegue el próximo fin de semana. Julio es una persona optimista, o al menos eso quiere pensar, así que decide centrarse en las cosas divertidas de su trabajo.

—Tío, ¿lo abrimos? —le dice a su compañero de recepción, señalando la caja que le acaban de entregar.

—¿Tenemos autorización?

—Sí, tenemos un *email* del viernes al mediodía en el que desde Marketing nos dicen que, en cuanto recibamos los materiales, los coloquemos aquí en recepción para que los empleados se los puedan llevar.

—¿Ah, sí?

Julio asiente y a continuación explica:

—En el correo nos indican que es un obsequio para los trabajadores. Quizá sea por una de esas campañas publicitarias internas que realizan de vez en cuando. Ya sabes, para fomentar el espíritu, valores de la empresa y bla, bla...

—Pues venga, ábrelo. Por el tamaño supongo que serán lápices o bolígrafos —elucubra.

—O USB —afirma Julio al ver el contenido tras apartar la última solapa de cartón. Extrae uno de los lápices de memoria y ambos lo contemplan.

—La verdad es que están chulos. Con el logo de ITECO, sus colorines..., y ¡mira! Tienen un mensaje —dice dándole la vuelta al USB—: «Fotos de la fiesta de Navidad de ITECO».

—Es un buen detalle, ¿no?

—No sé si quiero ver estas fotos —se ríe Julio—. Iba cocido como una gamba.

—Seguro que había gente peor que tú.

Julio hace una mueca a su compañero. De la noche de la fiesta de Navidad solo recuerda algunos momentos al principio, un par de anécdotas bochornosas y la resaca del día siguiente. Eso sí que fue memorable.

—Ahí llega Patricia. Justo a tiempo para que podamos ir a desayunar.

—Sí, pero antes pondremos todo esto a la vista —responde Julio, que vuelca el contenido de la caja en un par de recipientes hondos.

Media hora más tarde, cuando ambos jóvenes vuelven de su descanso, no queda ni uno solo de los lápices de memoria recibidos. Miran a su compañera, que se encoge de hombros y sonríe.

—Ya sabéis lo que le gusta a la gente el *merchandising* gratuito. ¿Qué? ¿Vemos las fotos? —pregunta sacando uno de los *pendrives* del bolsillo.

* * *

Muy cerca de la Torre de Cristal, una persona observa la furgoneta de Mario, que se aleja hasta perderse de vista entre el denso tráfico.

Sonríe.

El mensajero, sin saberlo, acaba de aportar uno de los granitos de arena que propiciarán la caída de una de las empresas más importantes de la economía española, aunque probablemente nunca lo sabrá.

Avanza hacia las puertas de la torre saboreando la pequeña victoria de esa mañana. El plan está en marcha, y los días de ITECO, contados. En ocasiones los remordimientos le invaden; últimamente, el orgullo lo domina. ¿Cómo iba a ser de otra manera? Si al fin y al cabo el plan lo ha diseñado él y es perfecto: sin aristas, sin fisuras, meticulosamente pensado, infalible.

Una sentencia de muerte.

PRIMERA PARTE

LUNES

Capítulo 1

Torre de Cristal, despacho del CEO. 08:15

Andrés Rodríguez del Álamo lleva cuarenta años levantándose a las cinco de la mañana. Una hora de ejercicio en el pequeño gimnasio que ha instalado en su garaje, un buen desayuno para cargarse de energía y, a las ocho y cuarto, puntual, se sienta en la confortable silla de su despacho. Cada día, antes de comenzar sus actividades, y como si fuera un pequeño ritual, mira con satisfacción a su alrededor. Se encuentra en la planta número cincuenta de la torre más alta del área de negocios de Madrid, la Torre de Cristal, desde donde puede ver prácticamente toda la ciudad e incluso intuir las montañas que conforman la sierra. Le encanta cuando no hay nubes, ni niebla, ni contaminación y la visibilidad es extraordinaria, como ese lunes de principios de mayo en el que se siente en la cima del mundo. Cima a la que ha llegado con esfuerzo, sudor y lágrimas, y que ha conquistado legítimamente, por supuesto. Por eso se ha ganado el derecho a estar allí, en esa mullida silla de cuero desde la que ha vivido mil batallas.

Andrés es el fundador y máximo ejecutivo de ITECO, el CEO¹. Lleva cuatro décadas al frente de la empresa, des-

1. Siglas de Chief Executive Officer.

de los años ochenta, cuando solo era una *startup*, una pequeña consultora española con grandes aspiraciones. A sus espaldas, años de duro trabajo, dos quiebras y un divorcio. Ha vivido épocas de vacas gordas, crisis económicas y algunos, los menos, periodos de estabilidad. Ahora se encuentra en uno de ellos. Ahora le toca disfrutar, piensa. La jubilación está muy cerca, y él ya ha llegado a lo más alto de su carrera. Hay días en que se pregunta qué hará cuando se retire, si sobrevivirá a tanto tiempo de ocio, él, que se considera un adicto al trabajo. En otras ocasiones se siente cansado, tal vez algo desfasado en comparación con las nuevas generaciones, que llegan pisando fuerte, que nacen hablando idiomas y manejan con facilidad cualquier dispositivo electrónico. A veces se siente un dinosaurio tecnológico. ITECO comenzó casi a la vez que la informática doméstica, que el Spectrum, y ahora todo evoluciona tan deprisa que, por momentos, siente que ya es demasiado mayor para liderar una empresa de esas características.

Sacude la cabeza en un intento de apartar los pensamientos negativos y dirige la vista hacia la pared, en la que casi no hay hueco para tantos títulos, fotos con personajes emblemáticos y distintas portadas de revistas que muestran a ITECO como un referente en el sector. Andrés sonríe con orgullo y se prepara para un intenso día de trabajo.

Lo primero que hace cada lunes es revisar su agenda: reuniones, citas, eventos, tal vez algún viaje... Esta semana hay un tema que le preocupa especialmente y que tiene que solucionar sin más dilaciones: la operación Assetive.

Assetive es el buque insignia de la compañía. Se trata de un producto que, tras años de desarrollo, utiliza la inteligencia artificial y los últimos avances tecnológicos no solo para prevenir riesgos en entidades bancarias, tales como el fraude o el blanqueo de capitales, sino también para llevar una gestión y control integral de la clientela,

pronosticar movimientos futuros y predecir riesgos a medio-largo plazo con una probabilidad de acierto de más del ochenta por ciento. Fue uno de los primeros productos desarrollados y registrados como *software* propio por ITECO, allá por el año 2005. A su éxito deben la salida a bolsa de la empresa y una mejora de la reputación que les ha consolidado como una de las compañías más valoradas del sector tecnológico. Después de años de trabajos y mejoras, y gracias a un plan de negocio visionario con el que predijeron dos décadas atrás algunas de las necesidades del futuro, Assetive se ha convertido en uno de los productos bancarios más codiciados del mercado. Ahora los ingenieros de ITECO continúan mejorando su preciado activo para que esté presente en cada oficina de cada sucursal bancaria, en forma de agente virtual, casi como un empleado más. Con este movimiento tendrán prácticamente asegurado el monopolio de las soluciones bancarias, pues ¿quién puede ofrecer algo mejor?

Hace unos meses, WILDCORP, una empresa norteamericana de soluciones tecnológicas, les ha ofrecido nada menos que quinientos millones de euros por el licenciamiento conjunto de Assetive en América los próximos cinco años. Este movimiento adelantaría la expansión de ITECO por el continente americano, asegurando una facturación de, al menos, cien millones al año para el próximo lustro. Cantidad nada desdeñable.

A falta de unos flecos, esa semana deberían firmar el contrato y cerrar la operación. Así que a Andrés le esperan unos días de interminables reuniones, estudio y revisión minuciosa de cada cláusula en busca de posibles cabos sueltos y zonas grises. Confía plenamente en sus equipos, cuenta con excelentes abogados, financieros y un departamento de gestión de riesgos que funciona a la perfección. Pero, en grandes operaciones como la que se les presenta,

le gusta bajar al ruedo y trabajar codo con codo con su gente, como uno más, igual que en los viejos tiempos, cuando era joven e ITECO era poco más que un sueño.

—Buenos días, don Andrés.

Rosa entra en el despacho de su jefe, como cada lunes desde hace casi cuarenta años. Para Rosa, Andrés Rodríguez del Álamo siempre será don Andrés, con ese tratamiento respetuoso que en la actualidad resulta anticuado. También se refiere a él como Andresiño cuando, en privado, conversa con los seres queridos de su Galicia natal. En cualquier caso, don Andrés/Andresiño es para ella poco menos que un ángel salvador. Se conocieron cuando ITECO tenía un nombre más castizo, Consultores Madrileños S. L., y estaba formada por apenas ocho personas faltas de experiencia, pero que derrochaban tanta pasión y ganas que parecía que iban a comerse el mundo.

Sus caminos se cruzaron, curiosamente, en un tren rumbo a Galicia. La fortuna quiso que, cuando Rosa se despedía de su amado Madrid con lágrimas en los ojos y apenas dieciocho años, les tocase el asiento contiguo.

—¿Necesitas un pañuelo? —le preguntó Andrés con una sonrisa educada—. No sé cuál es el motivo de tanto disgusto; en estas diez horas de viaje tal vez encontremos una solución.

Rosa miró con ojos como platos a aquel joven que debía de tener solo unos pocos años más que ella y que, sin embargo, parecía rodeado por un aura de seguridad y optimismo que era difícil ignorar. El chico la miraba con un gesto afable y le transmitió tanta confianza que, pensando que no tenía nada que perder, decidió contarle sus penas: tenía que abandonar la capital y volver a un pueblo remoto, a unos cuantos kilómetros de Vigo, porque había perdido su trabajo y no encontraba otro lo suficientemente bien remunerado para poder pagar la pensión. Abando-

nar Madrid significaba dar la espalda a una vida mejor, más moderna e independiente, y a sus aspiraciones de llegar a ser algo más que un ama de casa en un pequeño pueblo. Además, en la capital también dejaba a su querido Felipe, su príncipe madrileño, que trabajaba en una ferretería y al que, pese a doblar turnos, apenas le daba para pagar su propia manutención.

—Creo que podremos hacer algo al respecto —le dijo el joven Andrés—. Casualmente estoy buscando una... ayudante. Acabo de montar una pequeña empresa tecnológica. De momento somos solo ocho personas, pero esperamos seguir creciendo.

Rosa le miraba sin dar crédito a sus palabras.

—¿Y qué tendría que hacer yo?

—Tu trabajo sería, básicamente, llevar la agenda, organizar pequeños eventos, conseguir citas con proveedores, realizar algunos trámites burocráticos sencillos... Tendrías que hacer un poco de todo.

—¿Como una chica de los recados?

—Más o menos —sonrió—, pero no te preocupes, te ayudaremos a aprender lo que haga falta. En este negocio todos comenzamos desde cero —suspiró perdiendo la vista en el paisaje—. ¿Te ves capaz?

Por qué habían confiado ciegamente el uno en el otro era algo que aún asombraba a Rosa a sus casi sesenta años. En cualquier otra circunstancia, esa proposición de un desconocido para hacer de chica de los recados habría sonado muy extraña, pero Rosa, tal vez ingenuamente, no dudó ni un instante y se agarró a la oferta de Andrés como a un clavo ardiendo. En alguna ocasión indagó los motivos del CEO para contratarla, y el hombre, con una sonrisa, siempre le respondía:

—No éramos tan distintos, Rosa. Tú tenías tu sueño: quedarte en Madrid, mejorar tu vida, formar una familia..., y yo tenía el mío: montar una empresa de éxito y labrar un buen futuro. Ambos estábamos dispuestos a pelear con uñas y dientes, a hacer lo que fuera por cumplir nuestros objetivos.

Así, la joven pudo volver a la ciudad y terminó siendo para Andrés no solo su mano derecha, sino una buena amiga y confidente. Le debía lealtad absoluta por haberle brindado la oportunidad de tener una vida y un trabajo mil veces mejor que cualquiera de sus aspiraciones en el pueblo. Andrés era el padrino de su hijo mayor, y Rosa había asistido a la boda del empresario y a los bautizos de sus cinco hijos.

Ahora que ambos peinan canas, comparten ese sentimiento de estar de vuelta de todo. Espíritu que contrasta con la energía y modernidad que desprende el gigante ITECO, en el que la media de edad de la plantilla no supera los treinta años.

—Estamos en la recta final, lo sabes, ¿verdad, Rosa? Puede que Assetive sea la última operación relevante que haga en la compañía antes de retirarme.

—Pero bueno, don Andrés, ¿a qué se debe tanta melancolía hoy? Debería estar de celebración, al igual que el resto de la compañía. ITECO está en los mejores *rankings*, y la operación Assetive no ha hecho más que subir la moral de los trabajadores. Se sienten orgullosos de pertenecer a su empresa y, cuando firmen ese contrato, creceremos como en los mejores tiempos.

—Nuestra empresa, Rosa. Tú has trabajado aquí tanto como yo.

La mujer sonríe y responde con alegría:

—Venga, dejémonos de caras largas y vamos a repasar la agenda de hoy, que está calentita, calentita...

—Me lo temía... —contesta Andrés con fingido pesar. Sonríe a su secretaria, que sabe que le encanta tener la agenda llena de eventos. Le hacen sentirse útil—. ¿Has podido convocar a los socios para la reunión de esta tarde?

—No. Lo he intentado varias veces, y parece que el correo electrónico no funciona. Tal vez yo sea un poco torpe...

—No te preocupes. Lo probaremos desde mi ordenador.

Andrés abre su bandeja de entrada, casi cien *emails* sin leer desde el día anterior. Debería sacar un hueco para poder revisarlos todos. Redacta un correo con una breve convocatoria para la reunión y pulsa el botón de enviar.

—Se queda en la bandeja de salida —dice Rosa—. ¿Lo ve? Es como si no tuviéramos conexión.

El hombre mira la pantalla extrañado. Revisa su bandeja de entrada y se da cuenta de que esa mañana no ha recibido ningún correo electrónico, cosa rara, teniendo en cuenta la ingente cantidad que le llega cada día.

—Sin embargo, podemos navegar por internet —confirma Andrés abriendo Google Chrome—. Me imagino que estarán haciendo pruebas o actualizaciones desde el departamento de IT². La semana pasada se les reportó que los buzones de correo electrónico no estaban funcionando como deberían y seguramente lo estén arreglando. Voy a llamar a Luis para que me lo confirme.

Ella sonrío tranquila.

2. Departamento de informática.

Elisa llega tarde a la oficina. Otra vez. No importa a qué hora ponga el despertador, es incapaz de presentarse a su hora. Le gusta desayunar tranquila y relajarse en la ducha antes de un nuevo día. Lleva ya tres años en la compañía y siente que es casi una vida. Allí está feliz. Le gustan sus compañeros, le gusta su trabajo.

Elisa es ingeniera informática, premio fin de carrera. Estudió un doble máster en ingeniería de *software* y ciberseguridad. Eso es lo que suele decir, aunque, en realidad, fueron dos másteres al mismo tiempo. Es un cerebrín, y la informática, su punto fuerte. Elisa es muy perfeccionista, y probablemente por eso es la mejor en lo suyo, la programación, su talento natural: líneas y líneas de código perfectas que cuando se ejecutan pueden hacer cosas sorprendentes. Trabajó casi cuatro años en una de las compañías de ciberseguridad más *top* de Londres hasta que ocurrió el incidente. El episodio que cambiaría su vida y por el que se prometió a sí misma que nunca más volvería a hackear. Por eso, tras completar un par de cursos de acreditación, que fueron coser y cantar, ahora se dedica al diseño UX: mejorar la experiencia de los usuarios que utilicen las aplicaciones desarrolladas por ITECO. Su labor consiste en hacerlas más atractivas, sencillas y accesibles para que incluso una persona mayor y ajena a las nuevas tecnologías sea capaz de usarlas sin dificultad.

Después del suceso que le hizo dejar Londres y los lenguajes de programación, el diseño UX e ITECO le dan toda la felicidad que necesita, o al menos eso piensa.

La empresa se encuentra apenas a unos veinte minutos a pie de su pequeño apartamento. Un agradable paseo para realizar en primavera, especialmente en un día de sol como ese. Tal vez se le presente algún plan por la tarde:

quedar con una amiga para tomar una cervecita en una terraza o hacer un poco de ejercicio... Piensa en esto mientras sube en el ascensor hasta el piso veinte de la Torre de Cristal. Son las nueve menos cuarto. Solo quince minutos tarde, no está mal para ser lunes.

Camina hasta su puesto de trabajo y advierte cierto alboroto que le extraña. Aparentemente, todo está como cada día: personas en el *office* tomando café o rellenando sus botellas de agua, recién llegados, otros trabajando..., pero hay algo, algo inusual. Algo que se percibe en el ambiente, que no sabe a qué responde. Todavía.

—¡Buenos días! —saluda con una sonrisa a Santi y Carla, sus compañeros de trabajo y mejores amigos en ITECO—. ¿Qué estáis haciendo? —pregunta al ver a los dos jóvenes sentados frente al ordenador de Santi mientras miran la pantalla concentrados.

—Nada, en realidad no podemos hacer nada —responde el chico lanzando un suspiro de resignación.

—No funciona el correo, ni la red. Algo raro está pasando —explica Carla.

Elisa mira a su alrededor y se da cuenta de que otras personas también contemplan sus ordenadores con cara de preocupación, algunos incluso con enfado. En realidad, si se fija bien, nadie trabaja.

—¿Desde cuándo lleva así? —pregunta encendiendo su portátil.

—No está claro. Hay quien dice que desde ayer por la noche; otros, desde esta mañana.

—¿Y los que trabajan desde casa?

—A los que teletrabajan les pasa algo parecido. Es como si hubiera algún tipo de fallo en los sistemas de la compañía.

—Esto no pinta bien —murmura Elisa.

Santi y Carla se miran. No parecen muy preocupados.

ITECO es un gigante, y sus informáticos, los mejores del país. Sea lo que sea que esté sucediendo, lo solucionarán más pronto que tarde.

—¿Habéis probado a llamar a asistencia técnica? —pregunta.

—Sí, y está colapsado. Supongo que todo el mundo habrá tenido la misma idea.

—Quizá estén haciendo pruebas desde IT —sugiere Santi—. Ya sabes, actualizando el antivirus, esas cosas que hacen los informáticos.

Elisa sonríe.

—¿Un lunes por la mañana? Vaya día fueron a escoger, ¿no? Normalmente lo hacen a última hora de la tarde, cuando hay poca gente en la oficina, para que no afecte al trabajo de los demás.

—Igual querían darnos vacaciones —replica con sorna—. ¡Gracias, compañeros de IT por una mañana libre!

Elisa y Carla miran a su compañero divertidas y con la esperanza de que, en un rato, puedan volver a trabajar con normalidad. Mientras tanto, lo mejor será ponerse al día sobre el fin de semana.

Torre de Cristal, despacho del CEO. 08:47

—¿Luis? Estamos teniendo problemas con el correo...

—Lo sé, Andrés. —Luis responde al teléfono, y su voz, habitualmente serena, desprende cierto nerviosismo. Eso a Andrés le da mala espina. Rosa también está escuchando a través del manos libres con cara de preocupación.

—¿Qué está pasando? —pregunta el CEO con seriedad.

—Un ciberataque.

—¿Otra vez?

—Sí, iba a llamarte en cuanto tuviera más información.

—¿Lo tenéis controlado?

Se escucha un silencio al otro lado de la línea. Andrés y Rosa se miran expectantes.

—Andrés, será mejor que bajes a IT y lo veas tú mismo —responde Luis al fin.

ITECO está considerada una fortaleza digital. Se ha invertido una fortuna para tener el mejor equipo de IT del mercado con el fin de asegurarse de que la compañía cumpla con las medidas más sofisticadas para protegerse de los cibercriminales. Sus empleados reciben formación constante y son sancionados o premiados en función de su desempeño. Varios han sido los intentos de atacar a la consultora: *emails* fraudulentos, llamadas telefónicas, suplantación de la personalidad o *phishing*..., pero ninguno ha causado grandes daños y, lo que es mejor, ninguno ha trascendido a la prensa. Es precisamente por esto por lo que la compañía representa un verdadero desafío para los cibercriminales, *hackers* de sombrero negro cuyos intentos de causar estragos han sido constantes, aunque, hasta el momento y por fortuna, infructuosos. Teniendo en cuenta que una parte del negocio de ITECO son servicios de ciberseguridad, ¿qué imagen darían a sus clientes si un *hacker* pudiera franquear su fortaleza digital?

—Ahora mismo voy.

Andrés sale de su despacho a paso ligero y saluda con naturalidad a los compañeros que se encuentra por el pasillo. No pueden notar que está intranquilo. Él, capitán del barco, tiene que representar calma y serenidad.

—Ahora nos vemos. Voy camino de una reunión y llego tarde —explica con una sonrisa fingida a quienes le interceptan rumbo al ascensor. Mira de reojo a su alrededor y presta atención a algunos comentarios que capta de refilón. Se da cuenta de que los empleados sufren el mis-

mo problema con el correo electrónico. Será un pequeño ataque o una avería del sistema, quizá Luis esté siendo un poco alarmista, intenta convencerse. Sin embargo, a pesar de haber vivido situaciones similares y de todos sus años de experiencia, no puede evitar inquietarse. Además, esta es una semana importante para la compañía, nada debería alterar el cierre de la operación Assetive. Confía en que la incidencia, sea lo que sea, se solucione pronto.

En el ascensor busca el botón para bajar a la planta veinticinco, donde se encuentra el departamento de IT, y ve que ya está pulsado. La luz verde parpadea mientras se cierran las puertas. A su alrededor ve a varias personas con el portátil en los brazos.

—¿A ti también te ha pasado? —pregunta una joven a un hombre trajeado.

—Sí. Esta mañana tenía que enviar un *email* importante a un cliente y no he podido hacerlo. He tenido que mandarlo desde mi correo electrónico personal. Sé que no debería, pero... era cuestión de vida o muerte. Presentamos una oferta y se acababa el plazo.

—Pues espero que lo solucionen.

Cuando las puertas metálicas se abren, Andrés se encuentra con una escena que ya ha vivido en otras ocasiones: el área de IT completamente abarrotada, decenas de personas haciendo cola con sus portátiles en la mano, los técnicos desbordados, y se está sembrando el caos. Los empleados, que no saben qué está ocurriendo, acuden al departamento de informática pensando que el problema está en su propio ordenador y buscan soluciones para continuar con su trabajo. Luis tendrá que actuar rápido si no quiere que la histeria colectiva se adueñe de la compañía.